

industria; todo es virgen entre nosotros, las selvas y las costumbres, la tierra material y el mundo moral que nos rodean. Nuestras costas ubérrimas, elevadas serranías, inmensas llanuras, ricas florestas y brillantes cañales esperan todavía el pincel emocionado que los copie, la pluma elocuente que los describa. Lo mismo puede decirse de nuestra dramática población, compuesta de indígenas melancólicos, soberbios europeos y mestizos astutos. Las pasiones, tendencias, vicios y virtudes que les son peculiares, necesitan artistas inspirados que los retraten, y sepan explotar para sus creaciones esta época interesante de transición que vamos atravesando. Hoy por hoy, viejos hábitos perecen en torno, se establecen usos nuevos, y todo se vuelve crisis á nuestra vista: choque de intereses y combate de aspiraciones—el caos que precede al orden y á la belleza. Así sucede á la continua cuando en el laboratorio de la historia, hierven y se confunden elementos disímolos destinados á amalgamarse en un gran pueblo.



## LA PARCELA.

**E**VANTOSE aquel día don Pedro Ruiz al rayar el alba, como de costumbre. El cuidado de los negocios obligábale á ser diligente, y por hábito, por temperamento, necesitaba madrugar. Tenía por martirio quedarse en la cama hasta después de salido el sol, y nunca le había pasado tamaño contratiempo sino por enfermedad. Gozaba sobremanera con el espectáculo matutino que le ofrecía á diario la naturaleza; y aunque era hombre sin instrucción ni refinamientos artísticos, ad-



miraba á su modo los bellos panoramas, y soñaba delante de ellos con vaga voluptuosidad, sin desembrollar el mundo confuso de ideas, sentimientos, tristezas y anhelos que embargaban su espíritu en los instantes dulcemente melancólicos de su contemplación.

Fuese aquella mañana, como las otras, al portal de la hacienda que veía al Oriente, y envuelto en el sarape de brillantes colores, y calado hasta los ojos el sombrero de anchas alas, se puso á atisbar el lejano horizonte. Aun era de noche en la extensión del cielo, brillaban todavía las estrellas en el firmamento y estaban desiertos y silenciosos los campos. Salía de todas partes ese vago rumor de arrullo que brota de la naturaleza en las horas nocturnas, cuando el susurro del viento entre las hojas, el canto del grillo escondido debajo de las piedras y la ronca voz de la cigarra en lo más espeso de los matorrales, forman un interminable *¡chiis!* semejante al de las madres que velan el sueño de sus hijos. Escuchábase á lo léjos el acento del caudaloso Covianes, que bajando de la cañada bermejo de color y cargado de tierra vegetal, forma

al pie del cerro una especie de torrente, rompiendo sus ondas espumosas en los pulidos y grandes cantos que le salen al paso. No era visible á aquellas horas en el seno de la obscuridad; pero su fragor, debilitado por la distancia, percibiase aunque confuso, á modo del zumbir indistinto de un enjambre de abejas. El valle cubierto de cañaverales parecía caos de cosas informes, y las elevadas montañas que le cercaban, gigantes misteriosos salidos del abismo para explorar el espacio. Allá en el término postrero del cuadro, mirábase aparecer una luz ténue, que tanto podía ser anuncio del nuevo día como el fulgor de una estrella.

A la espalda de don Pedro se alzaban los mil ruidos del ingenio, y percibiase á través de las ventanas de la fábrica, la intensa claridad de las luces artificiales que habían ardido toda la noche. Rumor confuso de voces llegaba hasta él por oleadas de tiempo en tiempo, y algunas veces el silbato del vapor rompía en grito estridente, semejante á prolongado lamento de un gran reptil emboscado en las tinieblas.

Poco á poco fué exclareciéndose el confín del espacio. Pareció primero que una gasa



luminosa hubiese sido extendida en la inmensidad por una mano invisible. La débil claridad fué dilatándose insensiblemente por todo el cielo, y, á medida que se agrandaban sus dominios é iba cubriendo con ligero cendal la faz de las estrellas, el fulgor distante hacíase más y más intenso, y la blancura de la luz comenzaba á teñirse con suaves y variados matices. Sin que el ojo pudiese apreciar el instante de la metamórfosis, apareció el color de las rosas mezclado con el albor de lontananza. Luego saltó sobre la cumbre de la sierra gualda brillantísima, que convirtió el horizonte en océano de gloria, donde parecían nadar los espíritus de los bienaventurados; hasta que el fondo naranjado fué estremando el matiz de sus tonos y se trocó en mar escarlata, como sangre fluida y luminosa.

Rompió la contemplación de don Pedro un trote de caballos por el camino de Citala. Como hombre de campo, de ojo perspicaz y oído finísimo, pocos instantes de observación fuéronle bastantes para distinguir entre las sombras crepusculares que aun ocultaban la falda de la loma cubierta de

hierba, las negras siluetas de dos ginetes que avanzaban hacia la hacienda. Fumaban de tiempo en tiempo, y la lumbre de sus cigarros parecía en la penumbra, como pasajera fosforescencia de aladas luciérnagas entre la hojarasca. Lleno de curiosidad siguió atentamente la marcha de los ginetes, que ya se dejaban columbrar por algún claro, ya se hundían en alguna hondonada, ora mostraban tan sólo las oscuras copas de los sombreros, ó bien aparecían y desaparecían velozmente entre los troncos de los árboles, á modo de visiones fantásticas. Como la vereda hacía un agudo recodo á la llegada de la hacienda, perdiolos de vista durante unos instantes. Entretanto llevó á cabo toda su evolución la alegre aurora, y cuando los ginetes aparecieron por la puerta de la plaza cercada, frente al corredor, hizo explosión el sol allá en el fondo del paisaje, entre girones de nubes violáceas y color de oro; y caballos y caballeros se destacaron con toda distinción sobre el foco deslumbrador de la inmensa fragua. Heridos por rayos oblicuos, parecía que aquellos y sus cabalgaduras venían orlados con fleco luminoso; ó, como decía don Pedro en



lengua campesina, parecía que venían *horeando luz*.

—Buenos días, compadre don Miguel, dijo don Pedro tan luego como hubo conocido al ginete que llegaba el primero.

—Buenos días, compadre, repuso el recién llegado deteniendo el caballo y echando pie á tierra.

El sirviente que le acompañaba descendió velozmente de su cabalgadura y fué á tener por la brida la de su amo. Luego se inclinó para quitar á éste las espuelas.

—No, Márcos, díjole don Miguel, no me las quites, porque no tardamos en irnos.

—¡Cómo! compadre, observó don Pedro, ¿luego no se queda á desayunar conmigo?

—No, ahora no, porque tengo que llegar al Derramadero antes de las seis, y todavía está lejós.

—Lo siento, compadre; pero ya será otro día ¿no es cierto...? Pase, pase, ¿quiere que nos sentemos en esta banca para gozar del fresco? ¿ó que entremos en el despacho?

—Aquí estamos bien, no se moleste.

—Conque ¿qué anda haciendo por acá tan temprano?

—No me agradezca la visita; vengo á tratar de nuestro negocio.

—¿Qué negocio?

—El que tenemos pendiente.

—¡Si nada tenemos pendiente!

—Adiós, no se haga ¿luego el Monte de los Pericós?

—¿Qué tiene!

—Que quiero me resuelva de una vez si me lo entrega.

—¿Para qué hablamos de eso? Mil veces le he dicho que ese monte es mío.

—Eso es lo que vd. dice; pero la verdad es que á mí me pertenece.

—Compadre, vale más que hablemos de otra cosa: déjese de eso, ¿pues qué no somos amigos!

—Si lo somos; pero eso no quiere decir que vd. se quede con mis cosas. ¿Qué modo de amigos!

D. Pedro enrojció de cólera al oír aquellas palabras, y abrió la boca para responder con vehemencia; pero se contuvo á tiempo, reprimió su arrebató y guardó silencio breves momentos para recobrar el equilibrio perdido y orientar claramente las ideas.



Aprovechemos este intervalo para trabar conocimiento con ambos interlocutores.

D. Pedro Ruiz, en cuanto á lo físico, no valía gran cosa. Pequeño de estatura, trigüeno de color, y un tanto grueso, parecía un humilde sirviente de la casa; nadie al verle, hubiera creído que era el propietario de aquel vasto inmueble y de aquel rico ingenio. Descendiente de un antiguo cacique de Citala, tenía en el rostro los rasgos característicos de la raza indígena: cabellera lacia y negra á pesar de sus cuarenta y cinco años, nariz corta, dientes blancos, labios carnosos y un ruin bigotillo que le bajaba por los extremos de la boca en forma de coma, dejando casi imberbe la parte céntrica del labio superior. Lo único notable que había en su fisonomía eran los ojos, nó hermosos ni grandes, sino ántes bien pequeños; pero rápidos, penetrantes y observadores. Ordinariamente, en la conversaci6n, manteníalos tenazmente apartados de la persona con quien hablaba; sólo en casos excepcionales fijábalos en su interlocutor, como si sus rayos fuesen aceradas agujas que se clavasen en las pupilas de aquel á quien iban dirigidos. Pero esto duraba sólo

un momento, pues luego los volvía á otra parte como distraído, y de allí á poco borrábase casi la impresi6n de aquel resplandor pasajero. Era de pocas palabras. La mayor parte del dia pasábala callado, en constante peregrinaci6n á través de sus propiedades y dependencias. Cuando todo iba bien, no decía palabra; pero cuando estimaba preciso corregir algún vicio, ó remediar algún desperfecto, daba sus órdenes en frases concisas y con tono imperativo. Los sirvientes obedecíanle solícitos, á pesar de que muy rara vez los reñía, y nunca abusaba de su pobreza. Era que tenía para ellos dos prestigios, el del talento y el del carácter. Conocía sus tierras de un modo admirable, así sus linderos, montes y arroyos, como todo cuanto en ellos se movía; toros, vacas, becerros, caballos y yeguas. En un rodeo, entre centenares de animales, sucedía que llamase á alguno de los caporales y le dijese.

—Oyes ¿qué se hizo la becerra *josca* de la oreja gacha?

—¿Cuál, señor amo?

—La hija de la vaca pinta y del toro americano.



—Aquí debe de estar.

—No, hombre, no está.

Pasada revista al ganado, sucedía en efecto, que no estaba.

Su voluntad era inflexible. Cuando tomaba una determinación, nunca cejaba. Perdonaba á los sirvientes dos ó tres faltas; una vez enfadado, los lanzaba de sus dominios sin que hubiese consideración ni súplica que le hicieran ablandarse. Procuraba ser justo é imparcial para atender las quejas de sus subordinados; pero no toleraba que en ningún caso se desobedeciesen sus mandatos ó se le hiciese la más pequeña objeción.

De cuna humilde y apenas iniciado en los misterios de la lectura, la escritura y la aritmética, habíase casado con una joven de Citala, que tenía un capitalito de ocho á diez mil pesos. Su dulce compañera murió al dar á luz á su hijo Gonzalo, hoy joven de veintitrés años, dejándole sumido en la desesperación más amarga. Nunca volvió á casarse, ni pensó más en mujeres; vivió desde entonces consagrado al culto de la muerta [de quien llevaba siempre consigo el retrato y un mechoncito de pelo], al amor de su hijo, vivo reflejo de la madre, y á la dirección de los

negocios. Fué prodigioso lo que hizo en la gestión del escaso caudal de su esposa. A fuerza de energía, talento y honradez, fue-se aumentando gradualmente, hasta que acabó por formar un vasto capital, y llegó á ser uno de los más ricos propietarios de la comarca. Comenzó por adquirir un terrenito en vecina hondonada; sembróle de cañas y plantó cerca modesto trapiche. Fué bien el negocio, y siguió comprando lotes en rededor del rancho, hasta que acabó por formar una hacienda, el Palmar, de extensión de doce ó catorce sitios de ganado mayor. Hizo suyas á bajo precio las fracciones, porque el cultivo de aquellas tierras era poco productivo por falta de próxima é importante plaza de consumo; pero muy á poco llegó el ferrocarril á la finca, con rumbo á la capital del Estado, y apresurándose á ceder á la empresa el terreno necesario para la vía y á hacerle algunas otras concesiones, obtuvo que se situase la estación de Citala en sus dominios, y que fuese bautizada con el nombre de *estación Ruiz* la que hubiera debido llevar el nombre del pueblo. ; Pequeñas vanidades de propietario!

Asegurado así el consumo de sus produc-



tos, canalizó el Covianes y dióle corriente á vés de la mayor parte de sus tierras, queara cubrió de extensos cañaverales. Para aprovechar sus dilatados plantíos, levantó una gran fábrica de azúcar, donde instaló una maquinaria moderna. El día que hizo el estreno del potentísimo molino, enormes calderas, evaporadoras, defecadoras y tacho prodigioso (que parecía un mundo de cobre brillantísimo suspendido en la parte más elevada del salón principal), organizó un gran festejo al que concurrieron todos los personajes más notables del contorno, el señor Obispo y el gobernador del Estado.

Como las utilidades correspondieron á los grandes dispendios, fué la fortuna de Ruiz aumentando rápidamente, hasta el grado de murmurarse entre la gente de la comarca, que pasaba ya de un millón de duros.

Decían malas lenguas que esta deshecha bonanza de los negocios de don Pedro, era la causa de que su compadre y amigo don Miguel hubiera concebido secreta inquina en su contra. Y como se notara, en efecto, que mientras Ruiz fué pobre ó de mediano caudal, le mostrase grande afecto don Miguel, y que, á medida que á aquél le iba sonriendo

la suerte, se le fuese alejando el compadre, no faltaban, en verdad, fundamentos para aquella sospecha.

Don Miguel Díaz tenía un exterior imponente. Parecía más joven que don Pedro, á pesar de ser dos ó tres años mayor. Era de estatura mediana, esbelto talle, blanca y sonrosada tez, grandes y bellos ojos y nariz aguileña y bien perfilada. Llevaba al rape el pelo castaño y larga la barba rizada y fina donde apenas blanqueaban algunas canas. Vestía además con esmero,—al revés de don Pedro, quien siempre andaba de negro, con chaqueta de tela ordinaria, chaleco sin abotonar y botas sonoras de grandes cañones. Don Miguel cuidaba de ir conforme á la moda. Sus calzoneras de color obscuro, ajustadas á la pierna, lucían botonaduras y cadenillas de plata; mirábase la rica faja de seda aparecer bajo su chaleco, blanco casi siempre; la chaqueta era clara, de *cheviote* finísimo y corte irreprochable. La variedad de sus sombreros era proverbial. Teníalo, de *jipi-japa*, *chambergos* y de tejidos de palma con *grampas* y *galones*.

Montaba briosos y gentiles caballos en islas siempre nuevas y cubiertas de plan-



ehitas argéneas, formando contraste también en esto con don Pedro, que acostumbraba cabalgar en una mulita prieta, viva y de rápido y blando paso, que casi no le sacudía al devorar la distancia.

Tenía en fin, don Miguel, un aspecto avasallador. Callado, era verdaderamente majestuoso; pero visto por su parte psíquica, era un pobre hombre, que no veía más allá de sus narices. Tan descuidado en su educación como don Pedro, no tenía perspicacia como éste, ni reflexión, ni buen criterio; todo lo veía á través de un velo confuso, sin formar idea clara de cosa alguna. Teniendo el instinto de su pesadez intelectual, había-se vuelto falso y desconfiado, juzgando que le bastaban estas armas para derrotar á los más hábiles en la batalla de los negocios. Condiscípulo de escuela de don Pedro, habíales ligado estrecha amistad desde muy niños. Los lazos de su afecto habíanse estrechado con motivo del matrimonio contraído por don Miguel con una parienta próxima de su amigo, llamada D<sup>ca</sup> Paz; pero, cosa rara, ni por eso, ni por nada, habían podido tutearse.

Nunca hubiera Díaz logrado tener entre

manos grandes negocios, á no ser por el fallecimiento de un tío acaudalado, que le dejó por herencia la vasta hacienda del Chopó, colindante del Palmar. Era también azucarera aquella finca: así es que por la semejanza del humilde origen de ambos agricultores, por el bienestar adquirido por ellos más tarde, y por la contigüidad de los inmuebles é igualdad de los giros, había-se despertado la emulación poco á poco entre los dos amigos. No es la emulación pasión perversa cuando sirve de acicate al esfuerzo mayor y al anheloso y honrado trabajo; antes virtud saludable y elemento de progreso y bienestar. Tal había sido la que don Pedro había sentido; pero don Miguel había ido pasando gradualmente, sin que jamás se diese cuenta de ello su obscurísima conciencia, de la emulación á la ruín envidia, que es tristeza del bien ajeno y deseo de arrebatarlo á quien le disfruta. Desde aquel punto y hora comenzaron á desvelar á Díaz los progresos de la fortuna de Ruiz, en términos que la gente llegó á advertirlo, por más que el envidioso procurase disimularlo. Ni los lazos de la antigua amistad, ni el compadrazgo que contrajeran en días de ver-



dadero afecto y concordia (pues don Pedro había llevado á Ramona, hija de don Miguel á la fuente bautismal), ni las consideraciones sociales, ni el bien parecer, ni cosa alguna divina ó humana, fueron ya parte para contener el desbordado torrente de su secreto enojo.

Y como le conociera el pie de que cojeaba, el Lic. Jaramillo, vecino del pueblo, se dió desde luego á explotar aquella veta de pleitos haciéndole creer que Ruiz tenía usurpada una parcela de sierra, llamada Monte de los Pericos, perteneciente al Chopo. Cayó la idea en espíritu bien preparado para recibirla. En realidad, sólo esperaba Díaz algún motivo grande ó pequeño para romper lanzas con su amigo; de modo que cogió la ocasión por los cabellos, como suele decirse, y con el anhelo de ensanchar su hacienda y de justificar su conducta, que por instinto conocía que no era buena, acabó por creer á pie juntillas el aserto.

Así fué que, al fin de algún tiempo más ó ménos largo de lucha interna, presentó su reclamación en toda forma al asombrado don Pedro. Tenía éste sus papeles en regla. Con toda lealtad mostrólos á su ami-

go; pero ¿qué entendía don Miguel de aquellas cosas? Ni siquiera alcanzaba á leer bien las escrituras. Asesorose en tal conflicto de Jaramillo, y el ilustre Papiniano halló, por de contado, mayores comprobantes que los que ya tenía, de la usurpación del Monte, en aquellos instrumentos, y tomó abundantes citas y notas con ocasión de ellos, para apercibirse á la demanda de reivindicación.

Con tal motivo entibiáronse mucho las relaciones de Ruiz y Díaz; pero como pasó algún tiempo desde la exhibición de los títulos, y nada se había vuelto á hablar sobre el asunto, creyó Ruiz que su amigo desistía de su propósito, y fué apaciguándose poco á poco su ánimo, hasta olvidar sus resentimientos y volver á sentir afecto hacia don Miguel. Grande fué su desencanto, por lo mismo, cuando oyó de boca de Díaz aquellas crueles palabras: *Eso no quiere decir que vd. se quede con mis cosas. ¡Qué modo de amigos!*

Pronto, empero, recobró el aplomo, y repuso con voz serena:

—Compadre, no es vd. justo; no merezco que diga eso de mí.

—Obras son amores y nó buenas razones.



- ¿Pues qué quiere que haga?
- Que me entregue el Monte.
- Sólo que quiera que so lo regale.....
- Con eso me ofende. Yo no quiero nada dado, ni lo necesito; pero tengo derecho para exigirle que respete mi propiedad.
- Pero hombre; qué propiedad va vd. á tener en ese terreno! Lo compré con mi dinero. Ya le enseñé mis papeles.
- No valen nada sus papeles. El licenciado los vió y dice que no valen nada.
- ¿Que licenciado?
- El Señor Lic. Jaramillo.
- No le haga caso, compadre. Es un buscapleitos que revuelve el agua de propósito por ver qué pesca.
- No puedo permitir que hable vd. de ese modo del señor licenciado. Hágame favor de tenerle un poco de más consideración.
- A mí no me importa nada el licenciado.
- Doblemos, pues, la hoja, y dígame vd. categóricamente si me ha de entregar ó no el Monte por la buena.
- Ni por la buena ni por la mala.
- ¿Con que no?
- Lo dicho: ni por la buena ni por la mala.

- Eso ya lo veremos.
- Como vd. guste.
- Después no se queje de que no le guardo consideraciones. Antes de todo he querido brindarle con la paz....
- Exigiéndome que me rinda á discreción. ¡Me gusta la paz!
- Ahora, para que no crea que le ataco á traición, le advierto que he de recobrar el terreno como pueda. Se lo aviso para que esté preparado.
- Ya sabe que no me sé asustar con el petate del muerto. Haga lo que quiera; verá si me defiende.
- Ya se lo aviso.... después no se sorprenda.... terminó don Miguel cortando el coloquio, que era casi un altercado, y bajando las gradas del corredor para tomar el caballo.
- No tenga cuidado, repuso don Pedro con sorna, acompañándole hasta abajo de las gradas, no tenga cuidado....
- Díaz arreglose la barba con ambas manos, empuñó la rienda, espoleó al animal y se despidió de Ruíz diciendo:
- Ya nos veremos, compadre.
- Alejose á buen paso seguido á corta dis-



tancia por su mozo Marcos, á tiempo que don Pedro repetía á su espalda como un eco:

— ¡Ya nos veremos!



II

**S**IGUIO don Pedro con la mirada buen espacio á los ginetes que se alejaban, reflejando en ella los sentimientos de indignación é incertidumbre que le embargaban el ánimo. Preocupábanle aquellas palabras enigmáticas y amenazadoras: *le advierto que he de recobrar el terreno como pueda; se lo aviso para que no se sorprenda. ¿Qué significaban? ¿Qué se proponía hacer don Miguel? Si era ocurrir á los tribunales con su pretensión, tenía esto sin cuidado, pues disponía de sobradas armas legales para su defensa. ¿Qué otra cosa podría ser? No alcanzaba á figurárselo. Entre tanto fuéronse perdiendo de vista los ginetes, hasta que acabaron por esconderse entre los árboles de la cañada, en el cercano puerto de los cerros.*